

EL GRAVE DEBER DE LA JUVENTUD CATOLICA, SOBRE TODO UNIVERSITARIA, EN EL MOMENTO ACTUAL

Por VICTOR CADILLAC,
Profesor de Religión en la Universidad

Doy gracias a Dios de vivir en el momento actual, pero no puedo pensar sin cierta envidia en los más jóvenes de hoy, y en la larga carrera que ante ellos se entreabre.

Fui testigo de muchos y grandes acontecimientos, pero ellos verán realizarse muchas y mayores cosas, cuya preparación inmediata será, tal vez, larga y dolorosa; pero los resultados no se harán esperar, aún teniendo en cuenta el breve plazo de la vida humana.

Palabras de PIO XI, en la audiencia del 28/IV/1938, a los directores de las Obras Misioneras Pontificias.

Es consolador el contraste entre la juventud estudiosa de hoy y la de hace un siglo, que católica en la fachada y volteriana en el fondo, fué el vehículo de la incredulidad en la sociedad contemporánea.

La juventud actual redescubre la gran figura de Cristo y Su amor a la sociedad y a cada individuo en particular, y parece tener empeño en demostrar, de que generosidad es capaz el joven a quien se pone de manifiesto el gran Ideal, y como sabe compensar, con la más plena adhesión de su inteligencia, la apostasía pasada.

LA FALLA JUVENIL

del siglo anterior permitió al torrente devastador del laicismo desbordarse sembrando de pavorosas ruinas morales la sociedad.

Y esta fué la gran catástrofe.

En todos los siglos, la Iglesia contempló grandes defecciones; ya S. Agustín viera caer cedros del Libano, pero por estrepitosas que fueran aquellas caídas, por grandes que fueran esas ruinas, era reservado al siglo XIX, ver con el triunfo del laicismo,

EL DERRUMBAMIENTO DE LA ORGANIZACION CATOLICA DE LA SOCIEDAD

y Dios expulsado de su seno: de los palacios legislativos y de los tribunales de justicia, de los hospitales y demás centros de beneficencia, del ejército y de la marina, de la universidad y de la escuela, en una palabra de todas las instituciones sociales, llegando a ser considerada como auténtica señal de oscurantismo, la confesión pública de la fe y el ejemplo de una vida cristiana. Hoy la juventud universitaria

VUELVE A CRISTO.

y no se contenta con volver a El individualmente, siente instintivamente la necesidad del apostolado. Es el

INSTINTO CATOLICO

que recibió en el bautismo y que han vigorizado los decretos libertadores de Pio X sobre la comunión frecuente y cotidiana, que le hace rasgar la oscura niebla del materialismo, y le hace sentir que su catolicismo sería poco menos que estéril, si no lo llevara a re-cristianizar el ambiente social, a sanear moralmente la atmósfera ciudadana, a hacer posible, más aún, hacer fácil y hasta agradable, la práctica de la vida cristiana, en toda su integridad. El Jansenismo

FACILITO LA TAREA Y EL TRIUNFO

del laicismo, al desfigurar la semblanza divina, al oscurecer su carácter de Padre, para mostrarnos al Dueño imperioso, al Juez inexorable. La comunión frecuente nos torna a manifestar la tierna figura del Padre amantísimo que tenemos en el cielo, de quien de-

rivan todas las delicadezas del amor maternal y todos los sacrificios de que es capaz el amor de un padre; Juez tan sólo de aquellos que deliberadamente se sustraen a los llamamientos de su amor.
La Sagrada Comunión

NOS HA LLEVADO A DESCUBRIR

EN SUS MANDAMIENTOS, no las exigencias de un amo imperioso, celoso de sus derechos y de su poder, más la bondad de quien se ha dignado trazar a su criatura, la pista que nos lleva directamente al término de nuestro viaje terrenal, brindándonos el carro de sus gracias para recorrerla sin fatiga.

En particular, en el sexto y noveno mandamientos, nos hace contemplar no exigencias arbitrarias, más las consignas necesarias para el ennoblecimiento de la sociedad, para la tranquilidad y fecundidad del hogar doméstico y para la custodia del templo que Dios santificó en el bautismo, y que es el alma, el corazón y el cuerpo humano.

En osada y perniciosa tesis sostienen hoy muchos, que

“ES NECESARIO CONSERVAR Y CULTIVAR EL VIGOR DE LA RAZA, CON LA PUREZA DE LA SANGRE, Y QUE CUANTO LLEVA A ESTE RESULTADO, ES, POR EL HECHO MISMO, HONESTO Y LICITO (1)

Este principio que es muy aceptable en boca de un ganadero, para el cuidado de sus yeguas y burras, nos parece singularmente humillante para la humanidad, a no ser tal vez para aquella parte, de la que decía David: “que constituida en honor, no tuvo discernimiento y no lo entendió, y así se igualó con los jumentos irracionales, volviéndose semejante a ellos” (2).

Ya que estas líneas van especialmente dirigidas a la Juventud Universitaria del Perú, séanos permitido pedirle que sepa mantener siempre sus conocimientos religiosos, a la altura de sus estu-

(1).—Es la segunda tesis señalada como detestable, en la carta dirigida en nombre del Romano Pontífice, a los Rectores de Universidades Católicas el 23 de abril de 1938.

(2).—Salmo XLVIII-21.

dios literarios o científicos. La experiencia les hará ver, que satisfacen aquellos más plenamente que estos, las exigencias de nuestra alma espiritual.

Conviene que un buen núcleo responda generosamente al deseo del Sumo Pontífice, de ver surgir entre los intelectuales, apóstoles de su clase, cuya influencia irradiaría más profundamente, sobre inteligencias más modestas.

PARA REALIZAR ESTE IDEAL

es necesario que la propia vida interior sea muy profunda, y asentada sobre una intensa cultura religiosa. Ensayad seriamente esta preparación: no sentiréis la necesidad de preguntar si la tal vida es fecunda, y si llena los profundos senos del corazón humano.

La experiencia personal, que es la más convincente, os habrá dado las respuesta: veréis como satisface a la más apremiante necesidad del momento actual.

A satisfacer esta necesidad de cultura espiritual, se encaminan las siguientes líneas, que si Dios quiere y el tiempo lo permite, serán continuadas ulteriormente.

Para que resulten provechosas exigen una cierta preparación, mejor diré disposición íntima. Exigen lealtad de espíritu y amor a la verdad, con deseo por tanto de poseerla.

Un hombre sano come con gusto una buena comida.

El alimento de la inteligencia es la verdad.

Una inteligencia sana no puede menos de interesarse por la verdad y de amarla.

UNA ENTREVISTA TRANSCENDENTAL

A los pocos meses de empezar Nuestro Señor su vida pública, y presentarse ya como un hombre poderoso en palabras y en obras, el pueblo iba tras El y lo aclamaba.

Los sabios, las personas de alta sociedad, se dieron cuenta que el ideal del que se presentaba como Mesías, no concordaba con el que se habían formado, hasta lo contrariaba; en vez de grandezas temporales pedía reformas espirituales.

Es verdad que se decían muchas cosas de El... pero serían ciertas?... ¿no llegarían muy abultadas por la credulidad del pueblo?... Además Jesús era de Nazaret, de donde no había salido ninguna figura de relieve en la historia de Israel... hijo de un modesto carpintero, y no había seguido los cursos en ninguna escuela rabínica.

Algunos doctores, con todo, vacilaban.

Entre éstos se hallaba Nicodemo, de bastante edad, prudente, leal, de buena fe; sacara ya sus conclusiones, pero deseaba instruirse más, y cerciorarse de la verdad...

Un día, al caer de la tarde, para hacerlo con mayor libertad y calma, fué a entrevistarse con Jesús, en la casa en que se hospedaba el Señor.

—“Maestro, —así le saluda— sabemos que has venido de parte de Dios, como Doctor, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces a no tener a Dios consigo”.

Los milagros tienen en efecto, este fin: provocar nuestra inteligencia a reconocer el sello o la mano de Dios, a inclinarse delante del poder divino y a hacer un acto de fe.

Acudía Nicodemo a esta entrevista con las preocupaciones de los judíos: viene ya el Mesías prometido y viene para restaurar la independencia de Israel... Es la propensión del hombre; la de ir a Dios con sus menguados ideales. Pretendemos rebajarlo a nuestro nivel, cuando El quiere levantarnos a las alturas celestes.

Jesús no responde a estas preocupaciones íntimas de Nicodemo, pero le indica cómo se debe resolver en esta vida, el gran problema de la eternidad. “En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo no puede entrar en el reino de Dios”.

Y ese reino es la luz, es la verdad, es la vida, es la dicha infinita.

Queda desconcertado Nicodemo al enterarse que para llegar a su fin último, es preciso un nuevo nacimiento, que no hay correspondencia ni proporción alguna, entre el estado en que nos encontramos al llegar a este mundo, y el término definitivo de nuestra vida.

Menor sería la dificultad de un niño a quien su padre encomendase la preparación inmediata de un viaje a la luna.

Por eso deja descubrir cierta ironía, en la conclusión absurda que saca: "¿Cómo puede nacer un hombre siendo ya viejo? ¿Puede acaso volver al seno de su madre, para nacer de nuevo?..."

—Sin la menor muestra de desagrado ante esta verdadera genialidad del Doctor de Israel, Jesús le explica el plan restaurador concebido por la divina Bondad, y el significado del segundo nacimiento.

—“En verdad, en verdad te digo, que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios”.

El segundo nacimiento nos viene pues dado por el agua y el Espíritu Santo. El agua, cosa sensible, simboliza por su acción, la acción insensible, sobrenatural del Espíritu, que nos confiere la gracia santificante, en que consiste el nacimiento a la nueva vida, por el sacramento del Bautismo.

—“Lo que ha nacido de la carne —añade Jesús— es carne, más lo que ha nacido del Espíritu es espíritu”. De principios meramente naturales no puede brotar una vida superior, y sólo será una vida natural, carnal; más para entrar en el reino de Dios, se requiere una vida espiritual, sobrenatural en su origen y en su destino, que proceda por tanto del Espíritu Santo. No hay ser que pueda comunicar a otro, una vida superior a la que goza.

A quien oye por vez primera estas afirmaciones parécenle nuevas y misteriosas, y tal sería el estado de Nicodemo. No sabe si ha entendido bien al joven Rabí, y las altas afirmaciones que hace con tanta autoridad. Para darle mayor seguridad, Jesús añade: “No extrañes que te haya dicho: os es preciso nacer otra vez. Pues el aire sopla donde quiere, tu oyes su sonido, más no sabes de donde sale o adonde va, eso mismo sucede al que nace del Espíritu”.

El viento, es cierto, no lo vemos y mal nos damos cuenta de dónde viene y a dónde se dirige, por qué se levanta y por qué deja de soplar. Con todo no dudamos de él, sus efectos son patentes y a veces violentos y no dejamos de oírlo cuando sopla con fuerza.

Ejemplo más misterioso nos lo proporcionan hoy, las diversas ondas de que nos habla la Física.

Así también en el hombre regenerado, la vista corporal nada nuevo percibe, pero si se mantiene en el nuevo estado, su vida y sus obras darán testimonio de la presencia del Espíritu, que transfigura el corazón y el alma del hombre.

—“¿Cómo puede hacerse esto?, pregunta nuevamente Nicodemo.

Ya ve que no se trata de nuevo nacimiento natural, pero no entiende cómo el Espíritu puede dar al hombre, nuevo ser y vida tan superior.

Jesús le responde: “¿Tu que eres Maestro en Israel, no entiendes estas cosas? Y sin embargo, esta profunda transformación ya la anunciaron los Profetas que has leído tantas veces.

En Ezequiel, por ejemplo (XXXVI-25), se leen estas palabras: “Derramaré sobre vosotros agua pura, y quedaréis purificados de todas las inmundicias, y os limpiaré de todas vuestras idolatrías. Y os daré un nuevo corazón y pondré en medio de vosotros un nuevo Espíritu, y quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne, y pondré el Espíritu mío en medio de vosotros, etc. . .

En Isaías se lee: “Yo derramaré aguas sobre la tierra sedienta, y haré correr ríos por los eriales; derramaré mi Espíritu sobre tu linaje y la bendición mía sobre tus descendientes. (XLIV-3).

Podrían citarse otros varios textos.

Jesús hace luego un llamamiento a Su propia autoridad rubricada por sus milagros. Es testigo de vista de cuanto enseña referente a la vida divina y viene a este mundo para instruirnos de ella y dar testimonio de la verdad: “En verdad, en verdad te digo que no hablamos sino lo que sabemos, y no atestiguamos sino lo que hemos visto, y vosotros no aceptáis nuestro testimonio”.

Si tenemos dificultad en admitir estas enseñanzas divinas, que son un mensaje gracioso de Dios a la tierra, y que tanto la enaltecen, ¿qué ocurrirá cuando nos hable de los altísimos arcanos del cielo, de la propia vida divina. “Si os he hablado de cosas que tanto interesan a la tierra y no me creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de cosas divinas, de la vida misma de Dios?

Para hablar del cielo es preciso haber estado allá, “más nadie subió al cielo, salvo el Hijo del hombre, que allí mora siempre y que descendió del cielo”. Jesús hace inmediatamente alusión a su muer-

te futura en la cruz, alusión cuyo alcance nos será difícil entender, si no recordamos que la influencia purificadora y restauradora del Bautismo viene de la Pasión del Salvador.

El Bautismo nos incorpora, nos une con Cristo en el misterio de su Muerte y de su Resurrección, con una unión a la que no se puede comparar o asimilar ninguna unión o intimidad humana. Pasamos a ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, y como miembros recibimos de Jesús, Cabeza de este Cuerpo Místico, junto con la gracia santificante las virtudes sobrenaturales que iluminan nuestra inteligencia, y tornan fecunda nuestra actividad en obras merecedoras de la vida eterna; las satisfacciones y los méritos de su Pasión son ya nuestros, y pagamos cumplidamente todas nuestras deudas, y tenemos a nuestra disposición, después de revestirnos de la gracia santificante, la fuente de todas las gracias.

Si tuviéramos habitualmente presentes tan consoladoras realidades, ¡qué transformación experimentaría toda nuestra vida!

Las palabras de Jesús alusivas a su Pasión son estas: *“y al modo que Moisés levantó en alto la serpiente de bronce, como señal de salud, y quien la miraba quedaba sano de las mordeduras de las serpientes, no por virtud del objeto que veía, sino por Ti ¡oh Salvador de los hombres!, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, esto es, alzado sobre la Cruz para la salvación del mundo; para que todo aquel que crea en El, no perezca, sino que logre la vida eterna”*.

En este diálogo de Jesús con Nicodemo, cuyo resumen nos ha transmitido S. Juan en el capítulo III de su Evangelio, se nos enseña, junto con lo que constituye la esencia del sacramento de Bautismo, la necesidad que de él tenemos para entrar en el reino de Dios, que es la Iglesia, y su eficacia para purificarnos y regenerarnos, junto con la fuente de tal virtud.

Esta entrevista prueba ya que Jesús no vino tan solo como Doctor, para instruirnos en los misterios de la tierra y del cielo, vino también para ser, por medio de su muerte en la Cruz, Fuente de salvación para el género humano.

Victor Cadillac.